

El Viaje



i take this opportunity
write you a few lines to
in health i hope you
alth i miss you very much
it i hope the time will
then you will be re
mely again for
as a friend of
er i cook
is here to
d a fine pe
ade a fr
d cook of
on i read her
rapins i hope
ide for you
ther

New York Pa.

Harry
I have just
hasten to answer
instructions to assist
netno three letters
ed which will be
What was your
do not mind
over. going with
me on Dec Cream. me
times about the same
saying your self
+ Satisfaction to
minister said that
By I
that it f
day he had
With kind
Sarah. and

Spini, e sono più lunghi del
ne tiene otto: questi ultimi
li altri di un terzo in circa:
anno circa quanto è il diame.
porti di Maniera che sua p
inata a basso: Tanto gl' uni
o il piede bianco e la punta
lango interiore dalla parte del for
ti lassi, e almeno tengono pochiss
ale devono avere un fondo un po
te al giallo con Macchie Negre:
te travagliate con l'aceto Lin bin



Disegni di pinta a maffarri per S. E. Ottavio
A Genova 1813



DATE
FROM
TO
FARE
No.

Celdas Literarias El Viaje

NO. 12
OCTUBRE 2026.

RECTOR
DR. RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ PORTILLO

VICERRECTORA ACADÉMICA
LIC. GUILLERMINA TORRES SAVÍN

DIRECTORA DEL COLEGIO DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DRA. AZUCENA PALAVICINI SÁNCHEZ

DIRECTOR DE COMUNICACIÓN ESTRATÉGICA
LIC. ARMANDO YOSHIHARU AYALA NAKAGAKI

DIRECCIÓN DE LA REVISTA
DR. HERWIG WEBER

WEBMASTER
ING. JAVIER JESÚS LASCAREZ MARTÍNEZ

COMITÉ EDITORIAL
MTRO. DANIEL ANAYA LÓPEZ
DR. DANIEL SANTILLANA GARCÍA
MTRA. CLAUDIA GLORIA CABEZA DE VACA VILLAVICENCIO

EQUIPO EDITORIAL
LUIS ENRIQUE ESPELETA SAUCEDO
ANTONIO TELLEZ GANOA
SERGIO SALMERÓN SUÁREZ

DISEÑO EDITORIAL
LUIS ENRIQUE ESPELETA SAUCEDO

ILUSTRACIONES
ANTONIO TELLEZ GANOA



Celdas Literarias El Viaje

NO. 12
OCTUBRE 2026.

CELDAS LITERARIAS. REVISTA DE ESCRITURA CREATIVA Y LITERATURA DEL COLEGIO DE FILOSOFÍA Y LETRAS, AÑO 2023, NO. 1, ES UNA PUBLICACIÓN SEMESTRAL, EDITADA POR LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA, A.C., SAN JERÓNIMO 47, COLONIA CENTRO, ALCALDÍA CUAUHTÉMOC, C.P. 06080, CIUDAD DE MÉXICO, TEL. (55) 5130-3300- EXTENSIÓN 3346, [HTTPS://CELDASLITERARIAS.ELCLAUSTRO.MX/](https://celdasliterarias.elclauastro.mx/)

CORREO

CLITERARIAS@UNIVERSIDADDELCLAUSTRO.EDU.MX.

ELECTRÓNICO:

EDITOR RESPONSABLE: DR. HERWIG WEBER.

RESERVA DE DERECHOS AL USO EXCLUSIVO NO. 04-2019-070112224700-203, ISSN ASIGNADO 2992-7498, AMBOS OTORGADOS POR EL INSTITUTO NACIONAL DEL DERECHO DE AUTOR.

RESPONSABLES DE LA ÚLTIMA ACTUALIZACIÓN: DR. HERWIG WEBER, SAN JERÓNIMO 47, COLONIA CENTRO, ALCALDÍA CUAUHTÉMOC, C.P. 06080, CIUDAD DE MÉXICO, FECHA DE ÚLTIMA MODIFICACIÓN, 8 DE JUNIO DE 2023.



Índice

Poesía

<i>equipaje</i>	2
por Daniela Jiménez Chil	

Ensayo y Reseña Literaria

<i>Olor a hogar</i>	5
por Patricia Elena Ruiz Rivadeneira	

<i>¿De qué está hecha la sangre?</i>	11
por Kali Warnholtz	

<i>Este verano no será</i>	17
<i>como ninguno y es tu única certeza</i>	
por Mariana Minutti	

Galería

<i>Viaje latente</i>	26
por Fernanda Álvarez	

Artículos Académicos

<i>Acercamiento a la memoria histórica en la literatura infantil: ‘Informe preliminar sobre la existencia de los fantasmas’ de Antonio Malpica</i>	32
por Alejandra Martínez Díaz	

Índice

Narrativa

Banquete en Tlanchinol 46
por Frederick Armstrong

Lo que de aquí pa'llá es subida, ... 49
de allá pa'cá es bajada o No
es igual para todos
por Frederick Armstrong

El inter apestá 56
por Rodolfo Ruiz Vázquez





Daniela Jiménez Chil

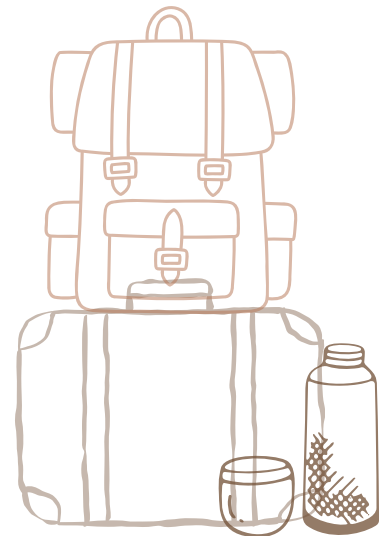
equipaje



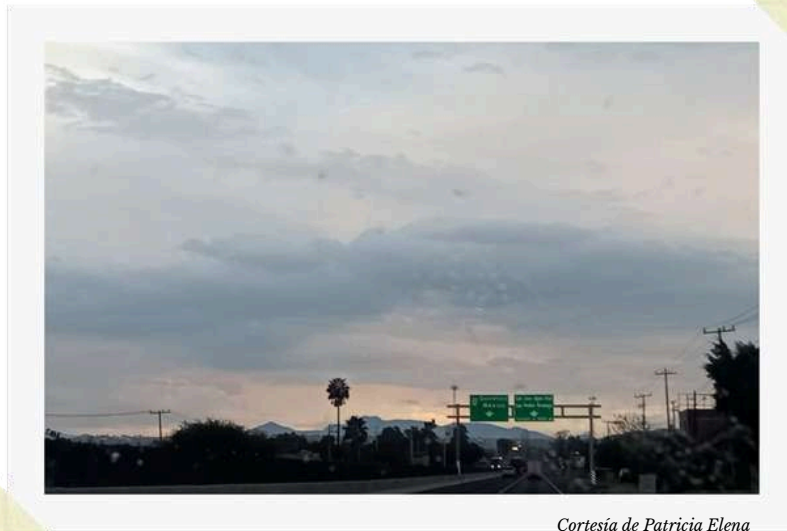
Mi maleta se deshace,
guarda los cariños de mis padres
las especias de la abuela
los recuerdos de amistades
que iré olvidando
en lo que gira
el reloj de arena

Mi maleta es una puerta
al aroma de la cocina
de la casa donde los delantales bailan
encuentro las hebras de los pelos del perro
y también los cabellos
de las semillas del huerto de mis padres

En mi maleta también encuentro
hojas de higo
y pedazos de baldosas rojas.



Daniela Jiménez Chil (Lima, 1994) es filóloga y economista, graduada por la Universidad Goethe de Fráncfort. Cofundadora del colectivo literario Foráneas y comoderadora del micro abierto de poesía Lírica y Duende, que tiene lugar en el Instituto Cervantes de Fráncfort. Ha presentado sus escritos en diversas lecturas interculturales en Alemania. Ha colaborado con las revistas literarias *Casa País*, *Ceniza*, *Águila del Cáucaso*, *Dicotiledóneo* y *Luminaria*, así como con la editorial Alquimia (México). Uno de sus relatos participó en la publicación *Umbrales*, editada por el Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones de España, y en *El Quiebre*, publicación conjunta con el colectivo literario Foráneas, publicada por la editorial peruana KeyDanza.



*Cortesía de Patricia Elena
Ruiz Rivadeneyra.*

Patricia Elena Ruiz Rivadeneyra

Olor a hogar



Hoy es 12 de febrero de 2024 y tiene olor a nostalgia. Sé que decir que un día huele a nostalgia parece muy descabellado, ¿pero acaso los días no huelen a una emoción? ¿O es que los días no contienen emociones y esas emociones no traen olores?

Hoy es lunes, un lunes con olor a nostalgia (siendo ese tipo de nostalgia que marca el inicio de un gran cambio, de un gran día o quizás de uno pésimo). La nostalgia huele a lluvia, café y soledad. La soledad, por su parte, huele a lágrimas recién derramadas con un toque de llantas quemadas y un abrazo olvidado (espero algún día poder explicarles a qué huele cada cosa; sin embargo, y si les sirve, puedo decirles y asegurarles que cada cosa, emoción y ser tiene olor a recuerdo). Ayer fue domingo de desamparo; los domingos de desamparo tienen olor a chilaquiles con huevo, tierra y frío. He de admitir que los domingos de desamparo se han vuelto demasiado comunes en mi vida desde el primer adiós que le dije a mi familia. Son tan comunes como el último abrazo, lágrima y despedida que he dado cada domingo de desamparo desde hace casi dos años.

Normalmente, los domingos tenían olor a calma con un ligero toque de cansancio. Era una constante perfecta, hasta que llegó la universidad y la palabra *foránea* se convirtió en una nueva manera de presentarme y describirme. Con el

cambio, llegó la necesidad de aprender a moverme y el saber que si algo me ocurre, solo yo soy la responsable de ello. Por primera vez, al llegar a mi casa, ya no tenía olor a hogar, no había gatos recibéndome, ni mis padres y menos mis hermanos. De un momento a otro, los viernes olían a ilusión por volver a casa, los domingos a desamparo por la partida y los lunes a nostalgia. Lunes de nostalgia donde llego a una casa que tiene olor a ático, un ático del que te acuerdas solo en ocasiones importantes, que es increíblemente importante, pero eso no quita el olvido.

Al convertirme en una foránea no he podido evitar preguntarme: ¿Qué ocurre con todos aquellos foráneos que no pueden regresar a casa cada semana o mes? ¿Estarán bien? ¿Extrañan su casa? ¿Cuáles son los cambios que han vivido? ¿A qué les huele la vida? Quizás la pregunta más difícil de responder es la última; sin embargo, les contaré un poco de lo que he visto y me han contado todos aquellos foráneos con los que me he topado desde mi llegada a la universidad.

La mayoría de ellos puede regresar a casa seguido porque, a pesar de que viven en otro estado, no se encuentran tan lejos de la Ciudad de México, pero (como en todo) hay unos cuantos que regresan a casa hasta que llegan las vacaciones, que hablan de vez en cuando con sus padres o han tenido que aprender a cocinar, y aun así lo mejor que les sale es atún con mayonesa y jitomate. Hay veces en las que les llega el fin de semana y tienen lo justo para moverse el lunes, pero no para comer esos dos días.

A muchos de nosotros nos ha tocado ir en la combi, muertos de sueño y ansiosos por llegar a casa, aún con un viaje de mínimo una hora por delante, y tener que decidir si compramos una botella de agua que calme la sed o guarda-

mos para el pasaje del día siguiente. Nos ha tocado aprender a admirar donde estamos y amar cada segundo porque en cualquier momento puede terminar, porque lo que es un viernes de ilusión se puede convertir en un lunes de tristeza por no poder volver a esa nueva vida.

Se puede convertir en un adiós permanente debido a que en casa ya no hay dinero suficiente, porque gastar casi \$25,000 pesos mensuales duele, porque (en el peor de los casos) a tu hermano le dio cáncer y mantenerte lejos ya no es una opción o (en el mejor de ellos) tu hermano menor está por entrar a la universidad y pagar dos carreras es complicado. A otros los amenazan con arrebatárles su sueño porque a veces nuestros sueños están muy alejados de la realidad.

Algunos de ellos vienen de tan lejos y tienen tan poco que no comen en días, no pueden dormir por el hambre y pedir dinero no es una opción, pero aun así al día siguiente lo intentan; se levantan y llegan con todo el ánimo posible porque perseguir tu sueño vale cada desvelo, lágrima y domingos de desamparo que hay.

Ser foránea a veces ni se nota, la mayoría no sabe que lo eres. No te ven contando el dinero o levantándote temprano. No saben lo difícil que es hacer todo tú solo y lo desgarrador que puede ser llegar un lunes de nostalgia a una casa con olor a ático y no tener quien te abraze y te escuche; no tener un plato de comida caliente servido en la mesa o un cuarto recogido y con olor a limpio. Aquellos que no son foráneos tienen la fortuna de llegar a un hogar y saber que hay alguien que los va a cuidar y velar por sus sueños, que siempre tendrán un plato caliente que los reciba y lo que necesiten podrán tenerlo. En cambio, uno como foráneo, a veces no tienes a quién darle tus grandes noticias hasta que llega la ho-

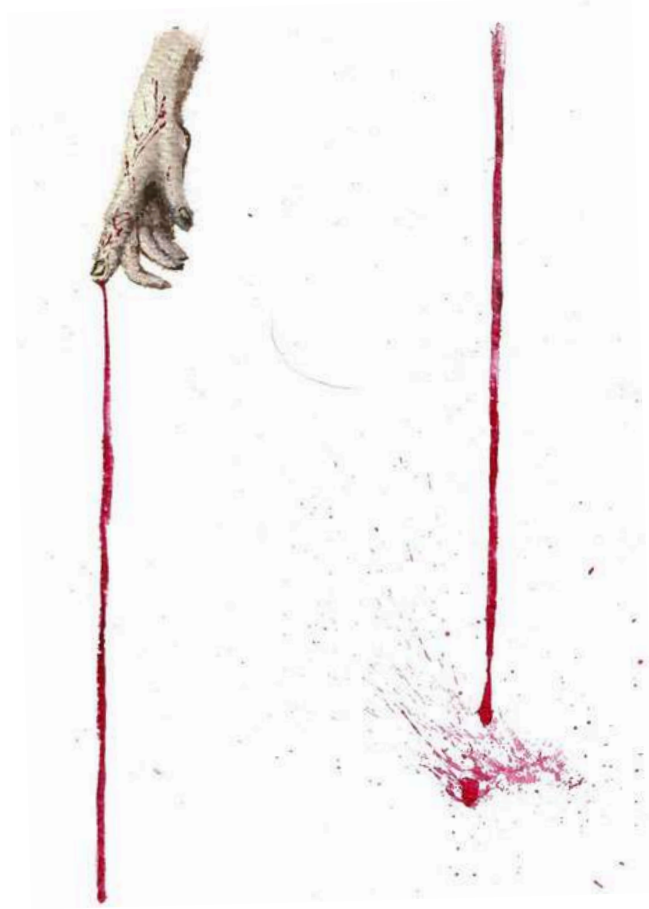
ra de marcar a tu hogar; otras veces vas caminando por el centro y la noche se acerca, el temor te invade porque debes llegar a casa, el pánico nubla tu mente y las preguntas se amontonan. ¿Qué sería de tus padres sin aquel “ya llegué”? ¿Qué sería de ellos si algo te pasa por que no fuiste lo suficientemente capaz de cuidarte?

Ser foráneo no se nota. No se nota porque a veces pasa tan desapercibido, ya que lo que los foráneos vivimos puede resultar muy común, pero está cargado de tanto temor, soledad y entusiasmo que se convierte en el octavo día de la semana. Un octavo día con olor a tenacidad y nuevas oportunidades, y sí (lo sé), decir que hay un octavo día (sin nombre, por cierto) puede resultar realmente extraño, pero en realidad es un día que late junto a los demás y les permite respirar. Ser foráneo es una libertad que te ganas día a día, una libertad con fecha de caducidad y muchos hermosos recuerdos.



*Cortesía de Patricia
Elena Ruiz Rivadeneyra.*

Patricia Elena Ruiz Rivadeneyra (2003) es una escritora queretana que se ha aventurado a estudiar la carrera de Escritura Creativa y Literatura en el Claustro de Sor Juana. Es dramaturga, cuentista, ensayista y una pizca de poeta. Ha sido publicada en la antología *El Ailurograma* por la Universidad del Claustro de Sor Juana, *Reminiscencias* por la editorial Komala, *Haikus y Senryus II*, por la editorial Mítico, y en la antología *Escritores del mundo VII*, por “Mi Máquina de Escribir”. Además dirigió y produjo su propia obra de teatro, *Tsunami*. Actualmente se encuentra realizando la antología del certamen poético novohispano Somos sor Juana.



Kali Warnholtz

*¿De qué está
hecha la sangre?*



*El retirarse no es huir, ni el esperar es cordura
cuando el peligro sobrepuja a la esperanza.*

MIGUEL DE CERVANTES

Hay una marca en mi piel que ya no se borra: un mapa hecho de cicatrices en tinta y relieves, con el espacio suficiente para escribir las líneas de tiempo que faltan por respirar. Una vez leí que en el mundo existen dos tipos de personas: las que están hechas de viento y las que se formaron de tierra. Las primeras, incapaces de quedarse quietas en un sitio, viajan con equipaje ligero, la vida las ha obligado a llevar una mochila con un cambio de ropa y un plan de emergencia; el movimiento se convierte en su oxígeno y el aire que respiran les quema los pulmones. Las segundas, quietas y permanentes, llevan equipaje que consiste en sonrisas bien recibidas y bienvenidas cálidas tan reconfortantes que se obligan a quedarse en donde están, desempacan porque el movimiento les pesa más y el aire les resulta familiar.

Según el diccionario, “huir” significa apartarse o alejarse de prisa, marcharse de un lugar de forma violenta y veloz. Cuando huyes, te alejas lo más rápido que puedes. Las revoluciones se vuelven eternas y comienzas a cuestionarte: ¿Qué es más violento que la partida? Siempre he pensado que

mi nombre se escribe con las mismas letras que la palabra “despedida”, que mi anatomía está hecha de abandono, que la piel no me delimita como debería. Se me escurre por los contornos y no alcanzo a atraparla.

Existen una serie de pasos para que una fuga sea efectiva: huir, atravesar, pausar, dudar, retomar, reconstruir y establecer. Y hay una palabra clave que acompaña a todos ellos: soledad. Por eso la partida cuesta tanto, porque te condena a abandonar no solo un sitio, sino el vínculo que puedes establecer en él. Porque el vínculo viene con la estancia, dejas atrás la posibilidad de trasladarte ya que implica venir acompañada y hay seres, lugares y objetos que no pueden ir contigo; entonces, te detienes. Tienes que hacer el bagaje más ligero. Mi mochila ya está roída, rota, se le sale el equipaje, mis pies tienen callos, mis músculos se entumecen y en cada viaje estoy más cansada. ¿Qué pasa cuando las huellas se borran en el camino que dejas?

Hay viajes que son despedidas, en donde sabes que si las cosas salen mal, la calle será tu mejor amiga, la mochila tu amante y la soledad tu oxígeno. Y hay viajes que tienen regresos, confías en que aún te esperan en casa y, al voltear hacia atrás, tienes un hogar.

¿Cómo sabemos qué es un hogar? ¿Cuál es el primero que nos habita? El primer lugar al que pertenecemos —y me atrevería a decir que el único al que genuinamente lo hacemos— es el cuerpo. Es lo que acompaña las rutas a lo largo de tu vida y lo que vuelve a la tierra cuando terminas. ¿Qué pasa cuando te miras al espejo y no te reconoces? Cuando te quieres arrancar las capas de piel para encontrarte y solo logras divisar un esbozo amorfo de la persona que crees que eres, pero esa persona se siente lejana y diferente. Porque

no te perteneces. No eres tuya. ¿Cómo podríamos ser capaces de defendernos si no nos sentimos a salvo en nuestro propio cuerpo? Quiero embarcarme más allá de lo que se consume de nosotros. ¿Cuándo convertimos al cuerpo en figuras consumibles y desechables?

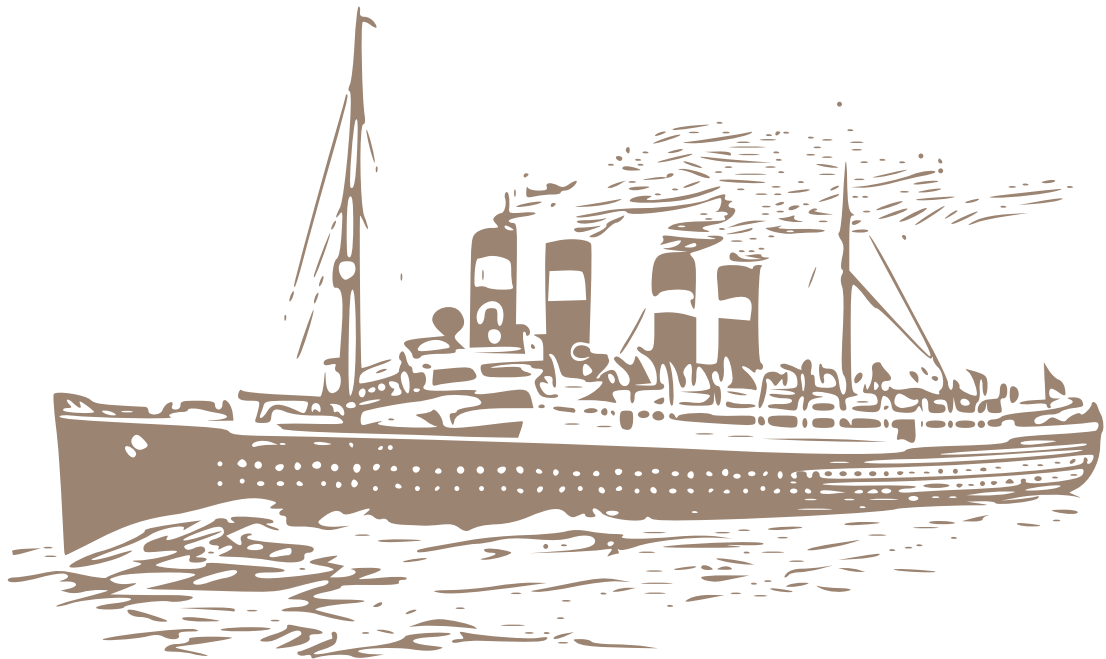
¿La mente se forma o nos contiene? La sangre de viento o de tierra no se refiere únicamente a la pertenencia espacial, también se encuentra en las ideas. ¿Se aterrizan, se clavan, se domestican y se imponen? ¿O flotan una sobre otra sin orden alguno? ¿Eres tú la que no les pone orden o es su misma esencia la que no les permite ordenarse? Cuando tienes el privilegio de que tus ideas maquillen la realidad y te cieguen la mirada, no es muy difícil mantener el orden; pero luego algo se rompe y brotan las ideas revolucionarias, las que no se están quietas; buscan algo nuevo y diferente, salir de los marcos que nos adornan. Y por más que intentemos acomodarlas, buscan rebelarse incluso hacia nosotras mismas.

El lenguaje, al ser la traducción del mundo y nuestros sentidos, al ser el puente entre el cuerpo y la mente, es nuestro tercer hogar, el que habitamos más de cerca. La expresión desde su sentido más íntimo. Sin embargo, el cuidado que hay que tener en la traducción de las interpretaciones es casi el mismo que hay que tener para mantener a una flor kadupul viva. Desde ahí tomas la decisión de migrar o permanecer, a cuántas personas meterás en la maleta o en tu estancia, las emociones que dejas atrás, las que te acompañan y lo que apropiarás a tu tiempo para que la vida no se te escurra entre los dedos.

El único hogar del que no nos podemos apropiar es la compañía: personas que se vuelven refugio, que abren su piel para que te escondas en sus huesos y su sangre te empape la

mirada, para que no vuelvas a sentir frío y el espesor se sienta en tus pisadas, para que decidas permanecer bajo su manto y te guarden y te salven y te cuiden. Es el hogar al que renunciamos cuando la huida se graba en la memoria, cuando aligeras el equipaje y comienzas a caminar sin vuelta atrás. El refugio eventualmente se cae, el viento vuelve a enfriar tu sangre, solo queda agradecerles por la tierra que te lograron brindar y emprender de nuevo el camino. Un nuevo parche en la maleta —se está acabando el hijo y la aguja—. Otra botella de agua. Metes a la mochila los recuerdos, la nostalgia. Te cambias de ropa y te mueves. Ya no vuelves más.

Los pasos se acaban. Un día mi brisa se calmará y se llenará de polvo; mi cuerpo, mi mente y mi lenguaje yacerán entre el rastro que dejé atrás durante todos los viajes que tuve que hacer en vida. Y mi sangre, que se formó de viento, volverá a la tierra.





Mariana Minutti

*Este verano no será
como ninguno y es
tu única certeza*



“Este verano no será como ninguno y es tu única certeza”

Así comienza “Verano”, uno de los poemas reunidos en *Montains are calling you* de Zel Cabrera. Fue ese verano que nos conocimos. Y es cierto que, después de aquel verano, la vida dejó de parecerse a la que conocía. No daré mucho preámbulo a aquel encuentro que, aunque bello y esencial para ambas, no constituye el centro de estas notas sobre mi lectura. Sin embargo, ¿cómo escribir sobre *Montains are calling you* —sí, así, con la errata en la montaña— sin sentirme aludida? Compartimos aquel verano en Banff: ella trabajaba en una novela; yo participaba como bailarina dentro de un montaje escénico. Algunos de los lugares, conversaciones y días que recorren el libro forman también parte de mi memoria...

Pienso que todo poeta debería vivir, al menos una vez, un verano memorable. Tener algo que decir que no nazca necesariamente del dolor. Hablar de un momento de la existencia donde hubo espacio para la calma, la alegría, la ternura y la templanza. Un tiempo en el que no hizo falta despertar con la urgencia del mundo, sin escaleras del Metro de la Ciudad de México, el smog adherido al rostro, sin la necesidad de arrancarle un poema a la desesperación cotidiana-

na. Hemos aprendido a embellecer el desgaste mediante las palabras.

¿Qué otra cosa podríamos hacer?

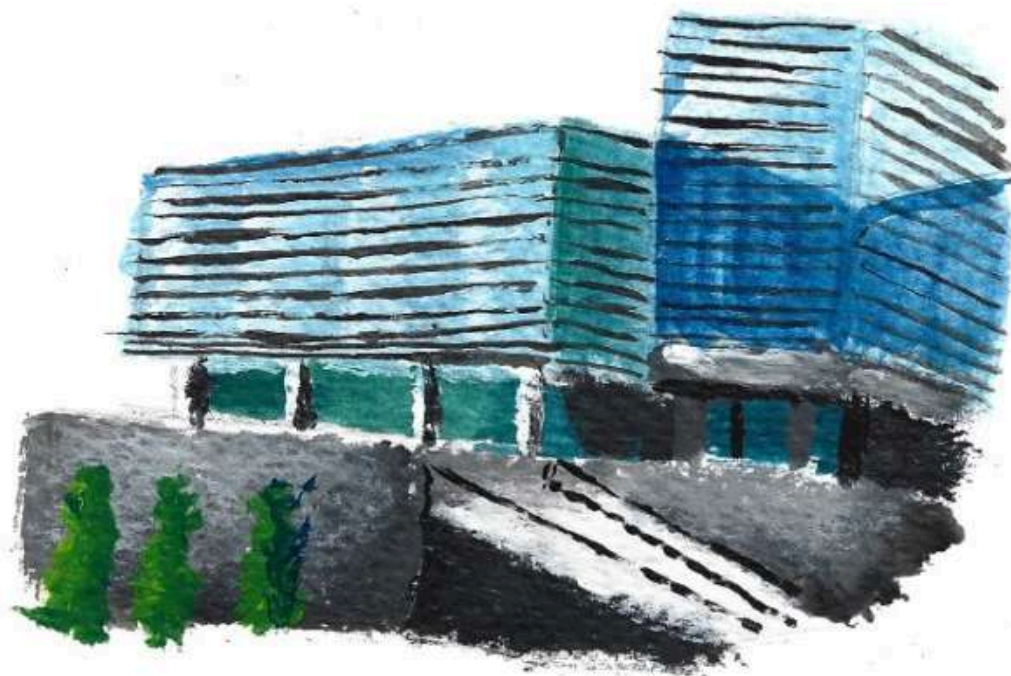
El libro comienza antes de la montaña. Comienza con una maleta:

“Soy esa mujer que tiene que subirse en las maletas
para poder cerrarlas
porque siempre llevo más de lo que necesito.
Hacer una maleta
casi siempre es triste” (Cabrera 16).

Me detengo en estos versos porque contienen una intuición que atraviesa todo el libro. La maleta aparece desde el principio como una medida de aquello que nos acompaña. Siempre llevamos más de lo necesario. Los recuerdos, los afectos, las pérdidas, el idioma, el país de origen.

Formalmente, *Mountains are calling you* se sostiene sobre el verso libre. Muchos de sus poemas son breves, casi apuntes. Bastan unas cuantas líneas para capturar una emoción o una escena del trayecto. Hay un cierto espejo con un diario de viaje en estas páginas: la atención a los detalles, a los cambios de luz, a los nombres propios, a los pequeños acontecimientos que revelan algo. Cabrera confía en la imagen y en la observación. No necesita extender una emoción para que alcance al lector. Un verso como “Hacer una maleta / casi siempre es triste” permanece en la memoria por su sencillez.

La travesía desemboca en el Banff Centre for Arts and Creativity, una residencia artística situada en las Montañas Rocosas de Alberta, Canadá. Para llegar hasta ahí, hay que atravesar aeropuertos; hacer escala en Vancouver y adentrarse



en un paisaje concebido para la contemplación y el oficio de crear. Siete semanas dedicadas al trabajo creativo. Un proyecto seleccionado entre muchos otros. Hospedaje, alimentación, talleres, conversaciones y tiempo para escribir: una pequeña utopía donde todo es gratuito, excepto la cerveza.

Pienso que cuando una mujer viaja sola ocurre algo parecido a la escritura. Ambas experiencias parten del cuerpo y regresan a él. El sonido del cierre de la maleta. El rodar de sus rueditas. La atención puesta en los detalles. El cuerpo esbelto de una mujer liviana que atraviesa el aeropuerto. La libertad, la libertad...

Consagrarse durante siete semanas al trabajo creativo parece una bendición tácita otorgada por la montaña y sus ancestros.

El sol de las once de la noche. El café de la mañana. El res-

taurante Las Vistas¹. Los lagos con nombres de mujer. El olor del bosque y del teatro. Las madres alce caminando en calma junto a sus crías. El tambor profundo que resuena con el corazón.

El corazón de Canadá. Kanata²: la aldea, el territorio, la casa.

¿Qué convierte un lugar extraño en una forma provisional de hogar? Quizá la respuesta se encuentre en la atención. En la capacidad de mirar un paisaje hasta que deja de ser ajeno.

En distintos puntos del resort aparece un letrero que advierte: *Be bear aware*. Cuidado con los osos.

Pienso mucho en esa frase, la cual me conecta con el poemario. Para quienes venimos de México, resulta extraño habitar un lugar donde el peligro lleva pelaje, donde camina entre los árboles, donde pertenece al orden natural. Las madres alce protegen a sus crías. Los osos grizzly recorren el bosque. El miedo tiene otra forma.

La conciencia del origen atraviesa el libro en los momentos luminosos. Basta una imagen para que el país vuelva a aparecer:

¹Las Vistas es el restaurante del Banff Centre for Arts and Creativity. Rodeado de ventanales con vista a las Montañas Rocosas, era el punto de encuentro cotidiano de músicos, bailarines, escritores, actores y artistas de distintas disciplinas. Ahí compartíamos un buffet ilimitado, generoso y sorprendentemente gratuito, mientras intercambiábamos historias, proyectos y amistades que terminarían extendiéndose más allá de la residencia.

²*Kanata* es una palabra de la lengua iroquesa de San Lorenzo de la que deriva el nombre Canadá. Su significado más cercano es "aldea", "poblado" o "asentamiento". En el contexto de este ensayo, la noción de *kanata* también evoca la idea de hogar y territorio, sentidos que dialogan con la experiencia de pertenencia presente en el poemario.

“[...] y pienso que en mi país
también hay hoyos en la tierra
pero allá les decimos fosas” (Cabrera 45).

El paisaje permanece intacto; es la memoria quien modifica su significado. Un hoyo en la tierra allá puede ser simplemente parte del sendero hecho por una marmota. Pero acá es el recordatorio de una violencia que hemos aprendido a reconocer y a habitar bien.

Hay otro momento donde esa conciencia emerge con una claridad dolorosa:

“De esta mesa
somos las únicas que vivimos en un país
tercermundista
advierde mi amiga bailarina
que llegó hace tres semanas al resort
y es cierto.
Me pongo triste un minuto.
Muy triste porque tiene razón
Con todo lo que implica pertenecer al tercer mundo.
Estar acostumbradas a la violencia, por ejemplo”
(Cabrera 61).

Se puede cruzar fronteras, atravesar continentes y pasar semanas rodeada de montañas, lagos y artistas; el país de origen continúa viajando con una.

Por eso la felicidad que aparece en *Montains are calling you* conserva siempre una suerte de sombra. La conciencia de aquello que permanece al otro lado, ahí donde en algún momento del viaje, tendremos que regresar... Aun así, la belleza transforma.

Este verano no será como ninguno y es tu única certeza

Frente al Lake Louise, uno de esos lagos con nombre de mujer que recorren el libro, Cabrera escribe:

“Regresaremos los mismos pero no los mismos
no después de estar ante este espectáculo
¿Quién podría permanecer inmóvil ante tanta belleza?”
(Cabrera 75).

Creo que esta podría ser una de las preguntas centrales del poemario. ¿Qué hace la belleza con nosotros? ¿Qué desplaza? ¿Qué permanece?

Ahí reside una de las mayores virtudes de *Montains are calling you*. En su capacidad para registrar una felicidad consciente de su fragilidad. Una temporada de calma que sabe de antemano que terminará. Un verano memorable. Una tregua.



“Regresaremos los mismos pero no los mismos”. Me atraviesa ese verso, leerlo en estos días, años después de la residencia en Banff. Cuando terminó aquel verano, yo todavía me nombraba bailarina. Poco después, las palabras ocuparían el lugar central de mi trabajo. Quizá por eso estos poemas me resultan tan cercanos, también hablan de esas transformaciones que solo podemos reconocer cuando miramos hacia atrás.

Y es que, ¿quién podría permanecer inmóvil ante tanta belleza?

Referencias

Cabrera, Zel. *Mountains Are Calling You*. Malabar Editorial, 2025.

Mariana Minutti (Atlixco, Puebla, 1996) Estudió Escritura Creativa y Literatura en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Es autora de *Peces de papel* (Los Libros del Perro, 2026). Su obra ha aparecido en revistas como *Casapaís*, *Río Seco* y *Pórtico*. Fue beneficiaria del PECDA Puebla en 2020 y 2024, y realizó una residencia en Banff Centre for Arts and Creativity en 2022.



Fernanda Álvarez

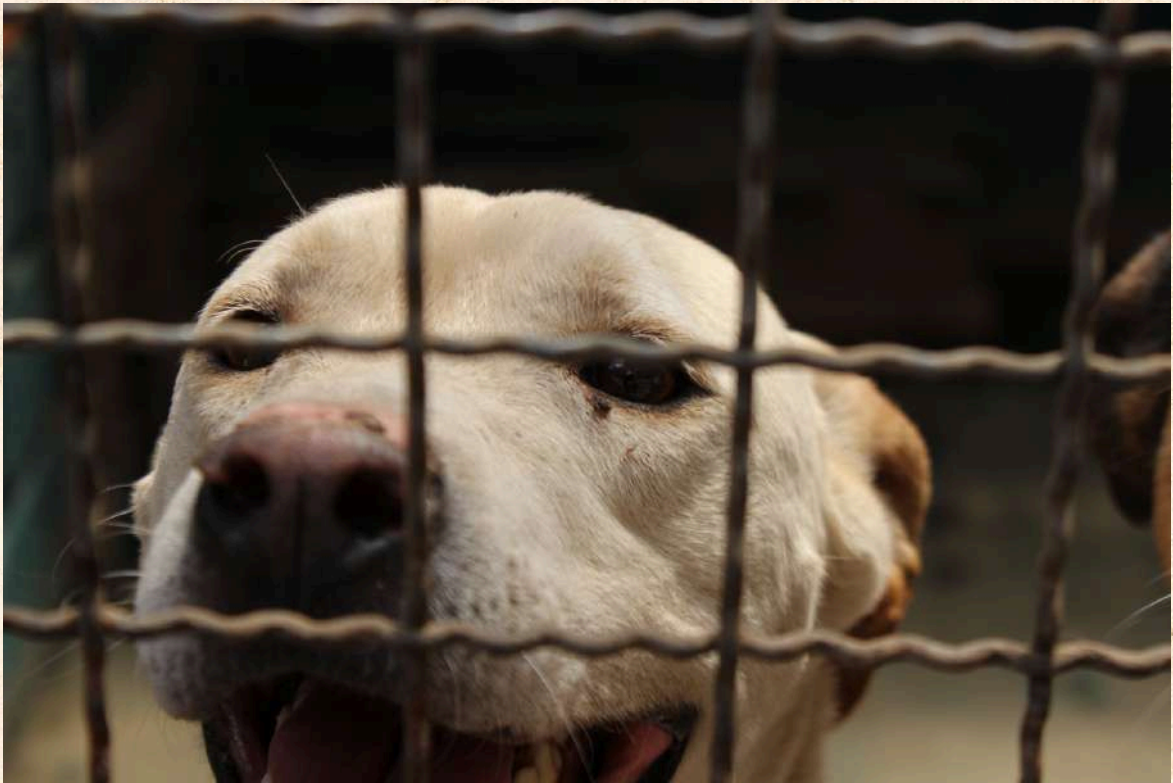
Viaje latente



Fernanda Álvarez, 2026.



“Elegí el título ‘Viaje latente’ porque cada uno de estos perros se encuentra en un viaje que aún no se ha completado. Aunque permanecen detrás de una reja, su historia sigue en movimiento: vienen de un pasado marcado por el abandono, el maltrato o la incertidumbre; atraviesan el presente de un refugio y esperan un futuro diferente. Ese tránsito permanece latente, contenido, suspendido en el tiempo.





Los retratos en primer plano buscan mostrar que, detrás de cada mirada, existe una historia, una espera y la posibilidad de un nuevo comienzo. Las rejas representan una pausa en ese recorrido, no su final. El viaje ocurre en silencio, en la resiliencia de cada animal y en la esperanza de encontrar un hogar donde finalmente pueda continuar su camino.



Así, ‘Viaje latente’ hace referencia a un trayecto invisible pero profundamente humano: el de la espera, la transformación y la oportunidad de cambiar el destino.”





Alejandra Martínez Díaz

*Acercamiento a la memoria
histórica en la literatura infantil:
‘Informe preliminar sobre la
existencia de los fantasmas de
Antonio Malpica’*



La novela *Informe preliminar sobre la existencia de los fantasmas* de Antonio Malpica fue publicada en el 2011. Esta nos cuenta la historia de Gumaro Gutiérrez, un niño que, por bailar en clase de física, es obligado a realizar un trabajo de índole científica para obtener el derecho a su reinscripción en la escuela. Sin embargo, puede conseguirlo sin la necesidad de hacer la investigación, averiguando por qué el profesor de física, el señor Martonera, se dirige a sus alumnos como “panquecitos remojados”; mientras lo investiga, debe mandar informes diarios de sus avances al director.

Para empezar, esta novela infantil tiene como motor principal la memoria histórica, ya que a lo largo de ella el movimiento estudiantil de 1968 en México está presente en varios personajes: el profesor Martonera, el doctor Gutiérrez y el director —abuelo y padre de Gumaro—. Este es un ejemplo de que la literatura infantil se ha convertido en un medio para la transmisión de la memoria de un país a las nuevas generaciones. Este tipo de textos se ha vuelto una guía de aprendizaje para las infancias: “la narrativa en el contexto escolar es la posibilidad de encontrar en la experiencia de los diferentes sujetos el vínculo con el pensamiento histórico” (Montejo, 6). Este libro puede o no leerse o enseñarse en un contexto escolarizado. Sin embargo, en la propia historia, el protagonista, quien es un niño que cursa la secundaria, mantiene una relación que puede ligarse a la teoría de que se

crean vínculos entre sujetos, en este caso alumno con profesor, con la historia.

El profesor Martonera es un personaje que adquiere mucha relevancia en la vida de Gumaro. Es necesario reconocer que la forma en la que se dirige hacia sus alumnos es trascendental para el desarrollo de la memoria histórica como recurso dentro de la novela: “¿Por qué nos dice ‘panquecitos remojados’? Su mirada cambió de inmediato [...] como si fuera lo más obvio del mundo [...] Pues porque lo son [...] Posiblemente yo también lo sea” (Malpica, 32). La historia del porqué el profesor utiliza ese apodo forma parte de un recurso de tensión, ya que brinda seriedad a la novela. Al inicio podría parecer un juego que tiene un personaje absurdo como Gumaro con una figura de autoridad, como lo es un maestro. Sin embargo, mientras avanza, nos percatamos de que el término de “panquecitos remojados” se puede ver de dos maneras: como una moraleja y como una experiencia, elementos que ayudan al crecimiento del protagonista, quien, al principio, lo presentan como un alumno con mala conducta.

Para que este apodo se construya como una experiencia, la participación del señor Martonera en el movimiento de Tlatelolco cuando él era estudiante es importante: “Sergio Martonera había recibido un tiro en una pierna. Dios, cómo sangraba. Tuve que salir a limpiar el camino rojo que delataba su presencia en nuestra casa, pues no sabía que había pasado” (Malpica, 172). Fue el abuelo de Gumaro quien recibió a sus estudiantes en su casa, ya que vivían en el edificio Nuevo León. A partir de aquí vemos la relación semidirecta que comparten el protagonista y su familia con el profesor de física. La construcción de Martonera es de un personaje con

experiencia, ya que fue asistente en el movimiento histórico en México. Esto ayuda a crear, hasta cierto punto, lo que denominamos moralejas a partir de la memoria: “esta memoria no consiste [...] en procesos de almacenamiento y recuperación de información e imágenes del pasado, sino que implica de forma directa la re-significación de las mismas y la integración de esos recuerdos a la vida cotidiana personal y colectiva” (Gaborit, 10). El profesor Martonera resignifica su pasado y trata de integrar, no como tal sus recuerdos, pero sí sus ideales a sus alumnos, por lo que los llama “panquecitos remojados” para que ellos lo cuestionen, como lo estaba haciendo Gumaro.

Dentro de la novela, Gumaro logra descubrir la razón por la que su profesor se dirige a ellos con ese apodo, el cual se conecta con la idea de la resignificación de la memoria individual y colectiva de un hecho violento: “Algunas veces pienso que te has sumergido en tu entorno como un panquecito que remojas en la taza de café hasta que lo puedes masticar sin esfuerzo. Ojalá hubiera podido decirte: sé duro” (Malpica, 222). Esta cita viene del libro *The Pact. My friendship with Isak Dinesen*, escrito por Thorkild Bjornvig; a partir de aquí empieza la aparición de un nuevo símbolo a lo largo de la historia: una campana o címbalo de hierro. Este título lo gana cualquier alumno que logre defender sus derechos ante el profesor Martonera o cualquier otro profesor, como él lo hizo en el movimiento estudiantil: “Así, cuando tomamos en cuenta el hacer memoria como acción social y no sólo como acto de introspección individual [...] queda evidenciado el nexo inexorable de la rememoración” (Gaborit, 15). Martonera, dentro de sus posibilidades y sin la necesidad de contar su experiencia de forma constante, rememora lo suce-

dido en Tlatelolco e intenta que sus alumnos dejen de ser lo que él conoce como “panquecitos remojados”.

Por otro lado, una forma en la que se rememora y se sustentan las creencias de Sergio Martonera respecto a los profesores y alumnos es a través de un estudiante que en su momento fue un címbalo de hierro. El alumno Horacio Yáñez, contrario a lo que Gumaro creía, fue un alumno regular. Sin embargo, en su respectivo momento logró llevar a la justicia a todos los alumnos que llegaban tarde a la clase del profesor Martonera, ya que él reclamó por qué éste podía llegar tarde y los demás no. A partir de ese momento se creó la Ley Yáñez: “Nunca olvidar que el alumno y el profesor son, humanamente hablando, iguales en el salón de clases. Ninguno está por encima del otro” (Malpica, 259). En la novela, a través del apodo y la Ley Yáñez vemos cómo: “su narrativa se convierte en argumentación que cuestiona los estereotipos, los procesos de enseñanza-aprendizaje, las múltiples diferencias generacionales y las referencias históricas sobre la vida política” (Flores, 93). Los ideales del profesor Martonera, los cuales podemos deducir porque participó en la marcha en Tlatelolco, son los que sustentan la forma en la que enseña a sus alumnos. No acepta injusticias, pero no les dice a sus estudiantes lo que deben hacer, sino que intenta guiarlos a lo que él espera de las personas que toman sus clases, que respete y guarde sus derechos.

El profesor de física, a pesar de ser la figura que tiene el mayor peso histórico, no es el único dentro de la novela. Existen dos más y son los que señalan de forma más precisa el cómo se transmite esta memoria histórica a una infancia, en este caso a Gumaro. El padre y el abuelo del protagonista son este vínculo entre la experiencia y la moraleja, cada quien re-

presentando uno. En el caso del abuelo, el doctor Gutiérrez, es la experiencia, ya que durante el movimiento estudiantil era profesor de Sergio Martonera y, por lo tanto, la persona de primer contacto y de apoyo. El abuelo es quien cuenta a Gumaro cómo sucedieron los hechos desde la mirada crítica y desde el recuerdo: “Recuerdo perfectamente que le dije a tu abuela que olía muy rico cuando empezó el tiroteo. Nada te prepara para algo así, Gumaro. Nada. Los gritos, las luces en el cielo, el escándalo... Y los gritos...” (Malpica, 171). Como tal, el doctor Gutiérrez es quien transmite estos recuerdos de forma oral, los cuales pueden estar sesgados o manipulados por las lagunas de la propia memoria: “los recuerdos son un espacio privado e intransferible y, aunque se exprese a través de la oralidad, este recuerdo jamás será idéntico en cada ser humano” (Suárez, 1091). Lo que se transmite de generación en generación no es tanto la experiencia, sino el mensaje o reflexión que hay detrás de cada una de las vivencias individuales, por lo que se pueden considerar colectivas una vez se hayan procesado para comunicar un mensaje.

En el caso del padre de Gumaro, el director de la escuela, tiene el papel de la moraleja, ya que él de niño vivió de manera distinta la matanza de Tlatelolco: “Tu padre, por ejemplo, se asustó tanto que no durmió hasta el día siguiente” (Malpica, 172). A partir de este suceso, el padre de Gumaro se vuelve director de la escuela a la que va su hijo. Siempre mantiene una relación impersonal cuando se encuentran trabajando. Sin embargo, con el encargo de esta investigación, el director cree que Gumaro alcanzará a ver que la vida de estudiante tiene una carga mucho más significativa que solo llevar malas calificaciones y ser el payaso del salón. Por lo tanto, vemos que intenta transmitir lo que para él fue Sergio

Martonera durante la matanza de Tlatelolco: “La representación del pasado modeliza el presente y el futuro, y los distintos grupos que integran las sociedades se interesan por privilegiar los modelos acordes con sus intereses sectoriales” (Rodríguez, 3). Cada persona moldea la memoria individual de un suceso colectivo y lo convierte en una representación actual, la cual se une con las ideologías individuales. A partir de esa idea justificamos el comportamiento del director, cómo maneja la escuela y sobre todo la educación de su hijo, donde la insistencia por que descubra el significado de los “panquecitos remojados” generará una identidad estudiantil en Gumaro.

Dentro de la misma novela se nos menciona cómo se configura la idea de que una enseñanza colectiva se puede crear a través de un suceso del cual solo se tiene un recuerdo individual, ya que ni el profesor ni el director mencionan personalmente los recuerdos que vivieron durante el movimiento estudiantil: “El hecho de que él se había salvado y muchos de sus conocidos no, lo hacía quebrarse muy a menudo. Pero igual sobrevivió. Y se volvió fuerte [...] A la fecha, sigo sintiendo que la brecha que nos separa es inmensa” (Malpica, 173). El personaje que estuvo presente durante la matanza de Tlatelolco nunca cuenta su versión, sino que él se dedica a impartir este conocimiento de forma metafórica hacia sus alumnos a través de los apodos. Por otro lado, el padre de Gumaro, quien estuvo involucrado de forma indirecta, creó todo un método de enseñanza para dirigir la escuela en la que estudia su hijo, siempre basado en la imagen de una persona que luchó por sus derechos.

Si bien uno de los recursos principales dentro de la novela es la memoria histórica, es relevante analizar el medio por el cual se transmite la misma: la literatura infantil. Ésta toca un

tema que es importante para la identidad cultural mexicana: “la intención narrativa no es interpretar ni representar la realidad, sino ponernos en relación con ella de nuevo, y buscar sentidos y significados potenciales que fortalezcan esta práctica hacia nuevas vivencias” (Prado, 14). Como tal, este relato nos pone desde la perspectiva de un niño en la etapa de transición a la adolescencia, por lo que nos muestra esta pérdida de objetivos o metas. Gracias a esta decisión, se desentraña la memoria histórica de manera paulatina, y abre la capacidad de entender cosas que van más allá del hecho de que el profesor de física del protagonista fue un alumno que participó en el movimiento de 1968. Esto ayuda a que el lector observe que se trata de un texto que lleva dentro una moraleja con respecto a los ideales que tenía el profesor en su momento. Quien interactúa con la novela crece junto con Gumaro, por lo que, a pesar de ser clasificada para un público lector de aproximadamente doce años, relacionada con la edad de Gumaro, también crea un vínculo con lectores que conocen los sucesos del 2 de octubre. Se establece una conexión entre quien lee el texto y la historia, ya que al inicio no se conoce la razón por la que el director le pide a su hijo que investigue por qué un profesor con bastón les llama con el apodo de “panquecitos remojados”.

Como lectores tenemos la obligación de desentrañar el significado del apodo del profesor Martonera, el cual podemos complementar con la idea de Gumaro: “Ésa es la diferencia entre un pan blando y una férrea campana. Que el primero no consigue modificar nada porque pasa por la vida siendo apachurrado [...] Y el segundo, no sólo motiva al cambio, sino que lo transmite” (Malpica, 270). Regresa a la idea de la moraleja que llega desde una experiencia; la trans-

misión de la memoria histórica no es algo que se hable. No se trata al profesor Martonera como un héroe, ya que él no se siente de esa forma; sin embargo, así es como lo perciben el director y Gumaro. Existe una relación entre quienes dejan de ser un “panquecito remojado” y el modo en el que se percibe Sergio Martonera, ya que no son personas sobresalientes ni en la escuela, ni en la vida profesional. El apodo de “címbaro de hierro” es una forma en la que Sergio Martonera rememora a todos sus compañeros que no lograron sobrevivir a la matanza de Tlatelolco. Esto se debe a que forman parte de una comunidad que luchaba por sus derechos: “La tragedia del testigo es la que se contempla en la culpabilidad del sobreviviente, pues los muertos son los únicos testigos sin críticas o señalamientos sobre su confiabilidad” (Torres, 159). El profesor de física siente mucho remordimiento por quienes no lograron salir con vida, algo que él sí hizo; por lo que, al encontrarse con personas que cumplen con la idea de los compañeros de Martonera durante el movimiento estudiantil, reciben el obsequio, aunque metafórico, de dejar de ser “panquecitos remojados”.

No obstante, habiendo analizado la historia de Gumaro, es interesante ver cómo se inscribe dentro de la actualidad y cómo se relaciona con este hecho histórico donde se empieza a llevar a cabo una sociedad democrática: “Gran parte de ello se debe al llamado estudiantil a la apertura, a su expresión espontánea y [...] a que el gobierno estaba obligado a dialogar públicamente con ellos” (Serna, 121). El profesor Martonera lleva a su actualidad lo que se buscó en su momento en el movimiento estudiantil. En la novela se nos hace mención de la Ley Yáñez, la cual protege los derechos de los estudiantes y profesores dentro de un aula. Por otro lado, haciendo una

breve comparación con uno de los libros más representativos respecto a la matanza de Tlatelolco: *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, vemos cómo: “yuxtapone voces y consignas que van creando un diálogo y tensión en el texto, organiza testimonios sobre varios ejes temáticos” (Medina, 209); mientras que en el caso de *Informe preliminar* encontramos esta necesidad de contar la historia de forma en la que un niño pueda comprenderla; es a partir de un testimonio cuando se crean los significados de las nuevas realidades, una vez digerido, comprendido y aplicado el conocimiento y experiencias vividas en el movimiento estudiantil. Como se ha mencionado, desde la figura del profesor Martonera, el doctor Gutiérrez y el director, el lector entiende la importancia que hay detrás de enseñar la memoria histórica a pesar de ser metaforizada.

Contar la historia de Tlatelolco se convierte en necesidad, ya que se busca resignificar el suceso. Además, partiendo de un hecho cuya historia se ve reflejada en un lugar tangible, la memoria histórica no se convierte en olvido: “La memoria pone en el presente lo decisivo de nuestro pasado [...] Un lugar de memoria es una unidad significativa” (Mendoza, 366). En la novela, Gumaro tiene contexto del espacio: “Es la Plaza de las Tres Culturas [...] ¿Sabes lo que pasó aquí en 1968, Gumaro? —Creo que mataron a muchos estudiantes, ¿no?” (Malpica, 170). Sin embargo, el lugar es resignificado cuando su abuelo le platica que él, su padre y su profesor de física estuvieron involucrados en la masacre. A partir de la revalorización, se empiezan a vislumbrar tanto el aprendizaje individual del protagonista como lo que el director quiere que Gumaro aprenda.

En conclusión, la novela infantil *Informe preliminar sobre la*

existencia de los fantasmas utiliza la memoria histórica como un recurso tanto didáctico como rememorativo, donde el eje principal recae en el profesor Martonera. Es a partir de la metaforización del movimiento estudiantil de 1968 que Antonio Malpica logra no solo contextualizar las lecciones morales que hay detrás, sino que aplaza las remembranzas de un suceso que cuenta con más de cincuenta años de haber sucedido. Ahondando en la novela como un recurso didáctico, no deja de lado que la literatura infantil busca enseñar algo a los lectores; sin embargo, procura que ellos aprendan del porqué “el 2 de octubre no se olvida”, ya que de forma indirecta muestra la brutalidad de la masacre en la Plaza de las Tres Culturas.

Por otro lado, el apodo “panquecitos remojados” es la razón por la que Gumaro logra darse cuenta de que no es una denominación cariñosa de un profesor a sus alumnos, sino que es una forma de decirles que deben ser fuertes y luchar por lo que creen correcto. Asimismo, es la manera en la que el profesor Martonera puede recordar a sus compañeros que no lograron salir con vida, sin la necesidad de contar de forma explícita todos sus recuerdos de ese día. Este mismo pensamiento se transmite de generación en generación, ya que del profesor de física pasó al padre de Gumaro, hasta al final llegar al protagonista. Este legado se puede vincular con la idea de ir heredando la memoria histórica. Dentro de la novela se ve el paso de una experiencia individual hasta convertirse en lecciones colectivas, ya que así trabaja el director dentro de su escuela. A su vez, explicar el movimiento estudiantil del 68 a través de un libro lo lleva a lectores tanto infantiles como adultos, por lo que crea comunidad. La división de personajes entre las experiencias y

quienes logran aprender de ellas es lo que le da a la novela una mayor profundidad. La parte del movimiento estudiantil, a pesar de ser secundaria en el libro, crea una revalorización y actualización del mismo, porque no se olvida lo que vivieron los estudiantes y se forman nuevos modos de pensar en cuanto a cómo se manejan las instituciones en México.

Referencias:

- Bermúdez Martínez, María. “Una narrativa infantil y juvenil para la memoria”. *América sin nombre*, no. 20, 2015: 49-62, <https://doi.org/10.14198/AMESN.2015.20>
- Flores Hilerio, Dalina. “La narrativa de Antonio Malpica y su posición en el mercado literario”. *LIJ. Ibero Revista de Literatura Infantil y Juvenil Contemporánea*, vol. 2, no. 3, 2017: 88-99.
- Gaborit, Mauricio. “Memoria histórica: Relato desde las víctimas”. *Pensamiento psicológico*, vol. 2, no. 6, 2006: 7-20.
- Malpica, Antonio. *Informe preliminar sobre la existencia de los fantasmas*. Castillo, 2014.
- Medina, Rubén. “‘Ayer es nunca jamás’: Continuidad y ruptura en la narrativa mexicana del ‘68’”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 21, no. 42, 1995: 207-218. <https://doi.org/10.2307/4530832>
- Mendoza García, Jorge. “Lugares de memoria y represión en México”. *Teknokultura: Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, vol. 15, no. 2, 2018: 363-378. <https://doi.org/10.5209/TEKN.58766>

- Montejo Roa, David Alejandro, Quiroga Nieto, Linda Katherine. Sujeto, discurso pedagógico, narrativas infantiles y memoria histórica en la escuela. 2017. *Universidad Distrital Francisco José de Caldas*, tesis. ProQuest.
- Prado Ramos, Anabel. Memoria histórica y creación: una liberación a través de la literatura infantil. 2025. *Politécnico Grancolombiano*, tesis. <http://hdl.handle.net/10823/7915>
- Rodríguez Cascante, Francisco. “Memoria histórica e identidad cultural en el ensayo centroamericano: el caso de Guatemala, las líneas de su mano”. *Revista comunicación*, vol. 11, no. 4, 2001.
- Serna, Ana María. “La vida periodística mexicana y el movimiento estudiantil de 1968”. *Signos Históricos*, vol. 16, no. 31, 2014: 116-160.
- Suárez Pinzón, Ivonne. “De la memoria individual a la memoria histórica razonada e incluyente”. *Revista cambios y permanencias*, vol. 8, no. 2, 2017: 1085-1108.
- Torres Ávila, Jheison. “La memoria histórica y las víctimas”. *Jurídicas*, vol. 10, no. 2, 2013: 144-166. *Manizales: Universidad de Caldas*.

Alejandra Martínez Díaz es una escritora de la Ciudad de México. Fue estudiante de Escritura Creativa y Literatura y actualmente se encuentra en proceso de titulación. Ella es muy quisquillosa con sus ideas creativas y excelente en su ejecución. Dentro de sus proyectos se encuentran desde cortos de terror hasta puestas en escena, por lo que la hace un elemento muy versátil. Ella refleja la dedicación que pone en su trabajo, y las personas que participan en ellos la comparten; crean juntos una producción que nace del esfuerzo y calidad.



Frederick Armstrong

*Banquete en
Tlanchinol*



El olor a leña me regresa a donde estoy. En un pueblo en la montaña. Habíamos pasado toda la noche en un cobertizo con techo de lámina y paredes de block, refugiándonos del huracán. No imaginamos que tendría la fuerza para llegar hasta estos parajes. Los habitantes del pueblo tampoco lo imaginaron.

—Solo tengo frijoles y unos huevos. Se los puedo hacer con chile, tomate y cebolla, para que se amuchen —dice la señora desde la puerta de su casa, avivando la leña.

Los deslaves habían cerrado la carretera y, tras día y medio de comer Frutsis y Gansitos, convidados por repartidores también varados por la tormenta, y unos quesos huastecos que llevábamos de regalo, la posibilidad de huevos, frijoles y tortillas emociona.

—Eso está perfecto, gracias.

Mi respuesta es apagada por las campanadas de la iglesia. Indican el comienzo del sepelio. Un camión que transportaba mineros de vuelta al pueblo se desbarrancó en la tormenta. Hijos, padres, hermanos y tíos iban en ese camión. El pueblo está de luto. Todo está cerrado. Después de recorrer de extremo a extremo el pueblo, hasta donde los montículos de lodo permitían llegar, había encontrado esta choza, al parecer ajena al drama que se desarrolla en la plaza principal. Sostengo la respiración esperando que mi benefactora no ten-

ga deudos entre los fallecidos y decida unirse al cortejo, cancelando su oferta de alimentos.

La señora se hace la señal de la cruz y se lamenta. —Qué tragedia, pobres gentes.

Guardo silencio. La tragedia nos pasó muy cerca a unos y se llevó consigo a otros. El hueco en el estómago por el miedo a la tormenta y los deslaves fue reemplazado por el hueco ocasionado por el hambre.

Me siento en la banca ante un plato humeante de huevos a la mexicana y una interminable dotación de obesas tortillas. Me descubro agradeciendo internamente el manjar y el estar vivo para degustarlo, olvidando por un momento que estoy atrapado en este pueblo enlutado. Imagino que el repicar de estas campanas anuncia finales y también principios.



Frederick Armstrong

*Lo que de aquí pa'llá es subida,
de allá pa'cá es bajada o
No es igual para todos*



Carlos estaba por terminar su servicio social como médico general. Había sido asignado a una clínica rural cerca de Linares, Nuevo León, en un poblado llamado Caja Pinta.

—Está muy aburrido este lugar —decía—. Solo atiando padecimientos menores. Como muchos de los que viven aquí trabajaron en el otro lado y cuentan con seguro social gringo, se atienden allá.

Aburrido o no, a Carlos le gustaba pasar tiempo en el campo. Dos semanas al mes habitaba en la clínica rural, rodeado de montañas y disfrutando de los beneficios y favores que le traía ser el doctor del pueblo.

Había agarrado confianza con algunas familias locales y aprovechaba el poco trabajo que tenía para hacer caminatas por los alrededores.

Ya a punto de terminar su ciclo, decidió organizar una excursión e invitó a Efraín y a Zeferino a acampar en las montañas cercanas a Caja Pinta.

—A ver si así me vienen a visitar, ojetes.

El plan, por lo menos en apariencia, era simple: subir uno de los cerros cercanos a Caja Pinta, acampar, hacer fogata, cenar y pasar la noche, regresando al día siguiente.

La expedición sería guiada por Luis, un lugareño a quien Carlos le había atendido dos dedos aplastados por una piedra mientras construía una barda. Luis los llevaría a un lugar adecuado para acampar, dejándolos ahí. Al día siguiente subi-

Lo que de aquí pa'llá es subida, de allá pa'cá es bajada...

ría para traerlos de vuelta.

—Será una pequeña probada de la vida en la intemperie —decía Carlos para convencerlos.

Zeferino y Efraín manifestaron sus dudas acerca de Luis, a quien no conocían, y sobre la posibilidad de ser olvidados o perdidos en las montañas. Carlos intentó tranquilizarlos diciendo que tenía una brújula.

Los amigos se terminaron de convencer y fijaron fecha. Salieron de Monterrey cuando todavía estaba oscuro para llegar a la clínica muy temprano. Desayunaron en casa de una benefactora local, esperaron al guía y emprendieron el camino de subida.

Calculaban que Luis tenía algunos años más que ellos, pero no muchos, y los tres llegaron a la conclusión de que la vida del campo, por más sana que sea, en nuestro tan desigual país, avejenta.

Pusieron a prueba otro mito del campo: el de la paciencia. Luis dejaba entrever su exasperación ante los descansos, constantes, desde su punto de vista; insuficientes, desde el punto de vista de los visitantes citadinos.

Zeferino, al cabo de un rato de subir la inclinada pendiente, sentía como si aspirara fuego que le quemaba los pulmones. Se había acabado ya el agua que llevaba para la subida y Carlos le advirtió que no siguiera tomando, pues, además de darle el “mal del caballo”, se acabaría la que llevaban para el campamento.

En uno de esos descansos, Efraín, que siempre buscaba rocas para tener de recuerdo, detectó un brillo entre la hierba. Era un casquillo de rifle de alto calibre.

—¡Ah, chingá! ¿Y estos? No son precisamente para cazar, ¿no?

—Sí —dijo Luis—, son de los Federales que se suben a venadear con sus lamparotas y andan tire y tire durante la no-

che. Seguido se escuchan.

Efraín le lanzó una mirada a Carlos. Luis decía “federales” como si fuera Demetrio Macías en *Los de Abajo*, pero también le inquietaba otra cosa. Estaban cerca de la frontera con Tamaulipas y se escuchaba cada vez más el rumor de que en los cerros andaban grupos armados. Que si eran paramilitares entrenando, que si eran grupos que movían “mercancía” en el amparo de los cerros; lo que sí es que le inquietaba estar en un lugar donde se dispararan armas largas.

Apuraron el camino y avanzaron otro par de horas zigzagueando por un sendero en la ladera hasta que la pendiente se hizo menos pronunciada.

Se detuvieron en un claro, entre cerro y cerro.

—Por aquí derecho llegan a la cima —dijo Luis—. Solo sigan la brecha. Se le había hecho tarde con tanto descanso y los dejaba por su cuenta, ansioso por volver.

A la izquierda, se abría un valle entre el cuenco que formaban estas dos elevaciones. Hacia abajo se apreciaba una zona pelada, sin árboles ni maleza, solo tocones.

—¿Van a sembrar algo ahí donde pelaron? —preguntó Carlos.

—No —contestó Luis—. Son los cabrones de Las Crucitas que talan aquí sin permiso.

Se despidieron de Luis y continuaron caminando hacia la cima, cada uno pensando si no se habrían equivocado de internarse en esta sierra de tala montes y gente armada. Hacía tiempo que la brecha había dejado de ser adornada por el detritus ubicuo de envolturas de galletas, bolsas de frituras y latas de cerveza.



Habían andado largo trecho con el camino cubierto con hojarasca y ramas y ahora llegaban a una pequeña pradera aderezada con heces de vaca.

Buscaron el lugar con menor densidad de heces para establecer campamento.

Encendieron la fogata, cenaron y se fueron a dormir, comentando que hacía muchos sábados que no se dormían tan temprano e imaginaron lo que estarían haciendo sus amigos en la ciudad.

La mañana los encontró amontonados, uno arriba del otro. La inclinación de la ladera, a la que ya se habían acostumbrado, los hizo rodar ya dormidos y amontonarse en un extremo de la casa de campaña.

—Hazte pa'allá güey —se quejó Zeferino.

Despertaron de la peor noche que habían tenido en mucho tiempo, deseando estar de vuelta en sus camas con sábana y colchón.

Pasado mediodía, llegó al campamento un viejo que se presentó como Gabriel y añadió:

—Luis no pudo venir por ustedes. Anda malo.

Los campistas asumieron que el malestar tenía que ver con el alcohol o que era pretexto por la tardanza del día anterior, pero no averiguaron detalles.

Gabriel venía arreando a casi una docena de vacas que, sin importarles la presencia de los campistas, ya daban cuenta de la hierba y seguían abonando la zona con sus heces.

—Vayan recogiendo —dijo Gabriel, seguramente aleccionado por Luis—, pa' que no se haga tarde.

Doblaron la tienda de campaña y los sacos de dormir, no pudiendo dejar todo empacado igual que como lo traían.

—Yo me llevo ese bulto —dijo Gabriel al tiempo que agarraba la amorfa tienda de campaña desarmada.

Lo que de aquí pa'llá es subida, de allá pa'cá es bajada...

Gabriel daba la impresión de no poder cargar ni con el sombrero que traía puesto. Calcularon que su edad rozaba los cien años. Era pequeño y correoso. La camisa desabotonada, mostraba su costillar y los huaraches caseros con suela de llanta le daban un arquetípico aire bucólico endémico. Como si los años que aparentaba, que seguro eran más que los que tenía, no fueran suficientes, sacó un cigarrillo sin filtro y comenzó a fumar mientras se echaba el bulto al lomo.

—¿Y las vacas? —preguntaron los excursionistas.

—Al rato vengo por ellas. —contestó Gabriel, que ya comenzaba a bajar la ladera y a quien la distancia parecía no hacerle mella para ir y venir.

Efraín comenzó la marcha pensando que tendrían que llegar al pueblo con Gabriel a rastras. Comenzaba la parte más empinada y, al ajustarse las agujetas de sus botas de campismo, pensó en los huaraches de suela de llanta y si el agarre del caucho sería suficiente para esta pendiente.

El grito de Gabriel lo sacó de sus cavilaciones.

—Apúrele 'mijo —le dijo sin mover mucho los labios para que no se le cayera el cigarro.

Efraín reanudó la marcha esperando que uno de esos cigarros no comenzara un incendio.



Arribaron a Caja Pinta, más frescos que en la subida, pero con el cansancio por la falta de costumbre y la mala noche de sueño del día anterior. Lo primero que hicieron fue llegar a la miscelánea del pueblo, sedientos.

—¿Una agüita, Gabriel? —le preguntó Carlos.

—Mejor una Coronita.

Con esto, Gabriel tomó una Corona de media del refrigerador, la abrió y se la tomó de jalón, emprendiendo el camino de regreso por sus vacas al tiempo que encendía otro de sus cigarrillos sin filtro.

Frederick Armstrong es tampiqueño. Es Contador Público y cuenta con diplomados en Literatura Iberoamericana, Literaturas Mexicanas en Lenguas Indígenas y Teología.

Formó parte de la segunda generación del Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria de la Escuela de Escritura de la UNAM, experiencia que culminó con la publicación de su ensayo “Nada está en su lugar” en el compendio *Romper el Horizonte*.

Ha colaborado en diversas publicaciones y espacios culturales y literarios, entre ellos los de la Universidad Iberoamericana, la Escuela de Escritura de la UNAM, el Instituto Cultural Tampico, las revistas *Contratiempo*, de Chicago, y *Celdas Literarias*, del Claustro, así como la página *pastoralsj*.



Rodolfo Ruiz Vázquez

El inter apestá



Para F, con afecto

El Cairo reclamó al hijo pródigo, cuya prodigalidad no había ido más lejos de una colección de playeras del equipo de sus amores, amores varios que le habían costado sablazos a su tarjeta bancaria en años de lozanía física y espiritual —entre ellas una tenista profesional del rango de las mediocres pero con unas piernas espectaculares— y una exquisita aunque no copiosa colección de vinos. Fuera de eso, Enrico había sido frugal tanto en apetitos como en ambición, y su delgadez y parcos hábitos alimentarios no habían sufrido desviaciones ni relapsos. Ni siquiera gastaba en las transmisiones en vivo de los *rossoneri*, no por tacañería, sino por el nerviosismo que le causaba cualquier robo de balón, tiro de esquina, rebote en contra: se limitaba a atender el curso de los partidos a través de los noticiosos web en que un periodista anónimo actualizaba, por escrito y en tiempo real, las acciones más importantes en una suerte de regreso a la obsolescencia telegramática. De ese modo, mediante el amortiguamiento de la letra muerta, Enrico conservaba la cordura sin rehuirle a la verdad. Era, ante todo, un hombre al que le gustaban las cosas claras, el juego limpio aunque doliese, si bien no como para martirizarse a todo color.

El Cairo lo había visto nacer, pero su infancia había transcu-

rrido en Milán, donde maduró el amor eterno a los rossoneri y el odio cortés, pero odio al fin, a los primos rastacueros que, para colmo de males, habían de ser locales en la misma cancha que los suyos, si bien tardíamente en los noventa o a principios de los dos mil, en todo caso cuando él ya llevaba años afincado en el Perú, tierra de hermosas montañas y pésimo fútbol, acaso por causa precisamente de las montañas, de las alturas y la pobre oxigenación concomitante. Tierra, por otro lado, infausta para los periodistas venales, siempre a la sombra de Vargas Llosa, lo cual a Enrico no le afectó en consideración a su ya célebre frugalidad y desapego a lo mundano, rayanos en el ascetismo (entre amigos y colegas lo llamaban, en atención a su origen natal y a su proclividad a la ascesis, el Sufi, y con tal seudónimo firmaba sus colaboraciones hebdomadarias en *Quechua Hoy*).

Fue a El Cairo sin expectativas y habiendo reservado una habitación de un modesto hotel en los arrabales, y no precisamente impelido por una añoranza romántica —sentimiento que despertaba inexplicable repeluz en él— hacia una ciudad de largo infestada de turistas, sino por razones de trabajo: escribir una crónica sobre el hallazgo de un nuevo sarcófago, ornamentado con gatos divinales pertenecientes a la cosmogonía del Antiguo Egipto y en el cual el esqueleto del faraón estaba acompañado por el de un gato, materia que no le importaba, como tampoco el volver a su ciudad natal, que de sobra había visto en documentales de Netflix, cuando, sentado en el sillón junto a su esposa, una copa de vino en la mano, hacía la escueta digestión sobre una estoica ensalada.

Ya en El Cairo, tramitó expeditivo la nota, se la envió por correo al editor en jefe, hizo las maletas y, a las nueve de la noche, sin nada que hacer en tanto salía el vuelo, sin nada que ver más que la transmisión telegramática del derbi de la Ma-

donnina, que a esas tierras llegaba con diferencia de husos horarios, se encerró en la habitación rascuache a la espera de la madrugada y el mototaxi al aeropuerto. La mala señal hizo del seguimiento de los primeros cuarenta y cinco minutos, en que se barruntaba la victoria para los rossoneri, un suplicio de intermitencias asfixiantes, hasta que el wifi por fin enfermó y la transmisión se cortó de cuajo.

Molesto y a falta de otra ocupación, salió a matar las horas restantes en las inmediaciones del hotel de dos estrellas, alejándose de la industria de los gringos armados de celulares y olorosos a pachuli. Así fue que se topó con una joya. Acucillado al borde de una atarjea, un vagabundo oliscoso a excrementos acariciaba a un gato sarnoso ofertando baratijas varias, entre ellas un tesoro inopinado: una playera rojinegra de los noventa, cuando el Milan era poco menos que imbatible. Una lágrima corrió por su rostro al tiempo que el supiritaco hacía presa de sus nervios, como si en cualquier instante un gringo pudiera llegar y dar una nonada a cambio de lo que para él, aficionado al béisbol o a la NASCAR, sería un simple trapo con que podría secarse el sudor, producto de una sobredosis de khif, pero que para Enrico representaba el santo grial. Sacando disimuladamente la cartera, se limitó a externar sus intenciones en inglés y a apuntar, con índice tembloroso, el objeto sagrado. Habló con tanta seguridad como se lo permitía el nudo que le ataba la garganta y lo hacía sudar a borbotones. El vagabundo se oxeó una mosca del rostro, tomó los billetes sin regatear —contra la costumbre de los pedigüenos egipcios— y, dirigiéndose a Enrico en un inglés malmasticado y con una sonrisa cómplice acompañada de cejita enarcada, le dijo que la playera tenía algunos rasguños porque el gato era del Inter. Por entre los huecos dentales a Enrico le subió una tufarada excrementicia a las na-

rices. Habiendo despachado la transacción, el vagabundo volvió a cerrar los párpados, donde al proviso hicieron cuna las moscas.

Enrico volvió exultante al hotel. Era su día de suerte: la señal se había restablecido. Durante su ausencia, el Milan había logrado una ventaja de tres, con un hat trick del negro delantero de apellido impronunciable, la estrella del campeonato. Era casi un hecho que, con un partido pendiente, el Milan se alzaría con el Scudetto. Quedaban dos minutos para los noventa; el Inter iba rezagado en la tabla sólo por dos puntos, pero en vista de lo hoy presenciado, Enrico podía cantar victoria antes de tiempo. Y así fue: celebró antes de que en los caracteres ciberespaciales se materializara el cambio de planes que el infierno le había deparado: cuatro goles de los odiados primos en ocho minutos, contando los de reparación. Una remontada inolvidable.



De por sí enteco, de vuelta al Perú, Enrico enflaqueció horrores. Llegó a un estado caquéctico que alarmó al editor en jefe y a su esposa. Ni el vino lo consolaba. El Milan había perdido el Scudetto en la recta final, el Inter se había coronado. Desde el derbi de marras, el equipo zozobró. Con el triplete en sus manos, lo perdió todo, hasta un amistoso con el Cruz Azul. La nueva e imberbe versión de Paolo Maldini se suicidó tras la debacle con los cementeros; al africano de nombre impronunciable lo compró el Inter a un precio irrisorio, y poco consuelo fue que, en el siguiente derbi, los aficionados del Milan le arrojasen cáscaras de plátano. Comenzada la nueva temporada, el Milan era una coladera, autogoles incluidos. El vagabundo no tenía ni vela en el entierro; era culpa del pinche gato cosmopolita. Alguna maldición le había improntado a la playera, algún maullado sortilegio heredado de los sagrados gatos de los faraones.

Cuando los médicos lo desahuciaban, Enrico se dio una comilona restauradora y tomó el primer vuelo a El Cairo. No pagó hospedaje. Bajando del avión, tomó un mototaxi a las inmediaciones del hotelucho y buscó al vagabundo a pleno sol y entre el gentío. Lo encontró en el mismo lugar, con el gato enroscado en el regazo y una playera del Inter desplegada sobre un tapete, al lado de otras baratijas. Olvidándose del latín del siglo XXI, increpó al sincasa en buen español:

—¡Pinche mago cagado! Dígale a su gato que rompa el sortilegio. —El vagabundo lo veía sonriente, arrebozado de moscas—. ¡El Inter apesta! ¡Usted y su gato hieden a mierda, a lo que huele el Inter!

La sonrisa desdentada lo exasperó. Sin más, tomó una roca del suelo y se la lanzó al gato en el cráneo. A la mañana siguiente, Enrico purgaba arresto preventivo por gaticidio en una mazmorra de su ciudad natal.

Rodolfo Ruiz Vázquez (Ciudad de México, 1987). Narrador y ensayista. Su trabajo ha aparecido en diversas revistas nacionales e internacionales. Ha publicado el cuentario *Pintextos* (2023) y la novela *La nota final del bandoneón* (VII Premio Internacional Bitácora de Vuelos 2023).



Cortesía de Patricia Elena
Ruiz Rivadeneyra.